



IGLESIA Y SOCIEDAD

Importancia del pensamiento relacional

Alfonso López Quintás

El pensamiento relacional cambia nuestra forma de ver la realidad; la enriquece de modo sorprendente. Lo veremos ampliamente en este trabajo, que complementa al anterior* en cuanto explana el análisis de los frutos de nuestra capacidad creativa, facultad que desarrollamos con especial empeño cuando nos orientamos hacia el ideal de la unidad. Los modos más altos de unidad los creamos a través de las relaciones de encuentro. Pero estas relaciones sólo son posibles entre ámbitos, no entre meros objetos. Por esta razón, quien toma como meta de su vida crear las formas más elevadas de unidad se cuida de respetar la condición de ámbito de ciertas realidades y transformar en ámbitos otras realidades consideradas en principio como objetos. Esta transformación es realizada por nosotros, en colaboración con las realidades del entorno. Es, pues, una actividad relacional, reversible, es decir, de doble dirección, pues se conjuntan diversas realidades para llevarla a cabo. Tiene importancia la actividad que realiza el sujeto que dirige la actividad, pero éste no actúa a solas: cuenta con la colaboración activa de las realidades que trata (a las que, a veces, se designa con el término “objeto”, por la costumbre de contraponer el sujeto y el objeto). Dicha actividad no depende sólo del sujeto ni sólo del “objeto” (es decir, del entorno de dicho sujeto). No está determinada totalmente por su relación al sujeto que la realiza. Ni tampoco por la relación que guarda con el “objeto”. Tan falso es, por tanto, el llamado “subjetivismo” (o prevalencia del sujeto) como el “objetivismo” (o prevalencia del “objeto”, de las realidades del entorno). Este pensamiento “relativista” es unilateral, parcial, incapaz de ver a un tiempo la intervención del sujeto y la del “objeto”. Esta parcialidad y unilateralidad la supera de raíz el pensamiento relacional, abierto, complementario. Veámoslo cuidadosamente.

Necesidad de distinguir el pensamiento relativista y el relacional

En el primer artículo -“La pedagogía de la admiración”- advertimos que ciertas realidades se nos presentan como *ámbitos* pues no están cerradas en sí y bien delimitadas, como los objetos, antes se abren a otras realidades y les ofrecen posibilidades de uno u otro orden. Una persona, por ejemplo, tiene ciertos límites por ser corpórea, pero los supera en cuanto puede conocer otros seres, configurar proyectos, tener deseos, sentir afectos, crear vínculos... Se nos muestra como un *ámbito en virtud de sus propias cualidades*.

Otras realidades carecen del poder de iniciativa y de abarcar cierto campo que ostentan las personas, pero tienen condiciones que nos permiten tomarlas como *fuentes de posibilidades para nuestros proyectos* y, por tanto, como *ámbitos*. Una partitura ofrece posibilidades de conocer una obra musical a quien sepa leer esa forma de lenguaje. Por consiguiente, su condición de *ámbito* - o fuente de posibilidades- depende de que exista una persona capaz de asumir las posibilidades que otorga. En ese sentido, puedo decir que soy yo el que convierto un fajo de papel en partitura, pero no es



una conversión arbitraria, pues debo tener en cuenta las posibilidades que me ofrece el papel para grabar en él unos signos musicales. De modo semejante, transformo una pluma en ámbito cuando la asumo en proyectos vitales míos -escribir cartas o libros...-. Esa conversión tampoco es caprichosa, pues no la decido yo con independencia de la pluma, antes se basa en las cualidades de ésta. Su carácter de ámbito surge al unirse la oferta que ella me hace de posibilidades de escribir y la aceptación de las mismas por mi parte. No depende sólo de mí -como "sujeto de conocimiento"- ni de la pluma -como "objeto de conocimiento"- . No es, por tanto, algo "subjetivo" -dependiente totalmente del sujeto-, ni algo "objetivo" -dependiente por completo del objeto-. Es "relacional", acontece en la relación del sujeto -yo, en este caso- y el objeto -la pluma-. Tan falso, pues, es afirmar que los seres humanos creamos los ámbitos a solas, sin ninguna influencia externa, como decir que nos limitamos a descubrir los ámbitos que ya están ahí en nuestro entorno. Lo justo es indicar que *colaboramos con ciertas realidades para que ejerzan una función de ámbitos en virtud de las cualidades que poseen.*

Si nos acostumbramos a ver nuestra propia realidad y las realidades que nos rodean como ámbitos, no sólo como objetos, observaremos que nuestro entorno vital no es un mero conjunto de cosas, sino una trama inmensa de ámbitos que se crean, entretienen e incrementan, y en casos colisionan y se destruyen. Este descubrimiento amplía de modo insospechado nuestra forma de mirar y contemplar todo lo existente. Dejamos de ver rígidamente la mayoría de las realidades como algo delimitado, cerrado en sí, para verlas flexiblemente como un tejido de relaciones.

Es difícil calibrar la importancia que tiene para nuestra vida acostumbrarnos a pensar de modo relacional y dar el debido valor al sujeto que piensa y a la realidad pensada. Sucede, a veces, que ciertas personas expresan su opinión sobre algo y, si les preguntamos en qué basan su parecer, contestan sencillamente: "Esta es mi verdad. Tú tienes la tuya, y ambas son dignas de respeto". La actitud intelectual que refleja esta respuesta es denominada "subjetivismo relativista". Según ella, todo juicio de valor depende totalmente del *sujeto* o *persona* que lo emite. Tú, desde tu situación, piensas que tal acción es buena. Yo, desde la mía, estimo que no resulta admisible. Esta disparidad de opiniones lleva a ciertas personas a pensar que todo es "relativo", es decir, que las acciones tienen el valor que cada persona les asigne según su modo de ser y su forma de contemplar la realidad.

Este modo de pensar "relativista" -hoy tan extendido, lamentablemente- nos deja sobre el vacío, pues no nos permite asentar nuestras convicciones en el suelo firme de la realidad. Si soy yo el que determino, en función de mis inclinaciones y gustos, el valor de las realidades que trato y las acciones que realizo, ¿qué garantía tengo de no equivocarme? A lo largo de esta serie de artículos estamos descubriendo que nuestra misma realidad, si la comprendemos bien, nos insta a prestar atención tanto a nuestra capacidad de pensar, razonar y juzgar como a las condiciones de las realidades sobre las que pensamos, razonamos y juzgamos. Lo prudente y fecundo es guardar equilibrio entre las *potencias* que tenemos y las *posibilidades* que nos ofrecen las realidades que tomamos como "objeto de conocimiento".

Este equilibrio lo guarda modélicamente el *pensamiento relacional*, que aúna e integra –por elevación– la parte de verdad que pueden albergar el subjetivismo y el objetivismo y evita los riesgos que éstos ocasionan cuando enfrentan sus puntos de vista para alzarse con la pretensión de representar la verdad absoluta.

Lo decisivo en este artículo es tomar conciencia de lo mucho que hemos avanzado en el arte de pensar con rigor y vivir creativamente por el hecho de haber descubierto la existencia de los ámbitos, las experiencias reversibles, el encuentro y el ideal. Tal descubrimiento perfecciona nuestro modo de ver todas las realidades.

1. La creatividad eleva nuestra vida de nivel

Hemos visto anteriormente que, si actuamos en la vida de modo creador (*nivel 2*), cambia nuestra manera de ver la realidad y de expresarla. Entre el aquí y el allí, lo interior y lo exterior ya no hay *oposición* –como sucede en el *nivel 1*–, sino *colaboración*. Se forma un *campo de libre juego* entre quien está *aquí* y quien se halla *allí*, entre lo que me es *interior* y lo que me es *exterior*. En este campo se supera la incomunicación y la soledad y se gana una unidad operativa y un conocimiento profundo de los compañeros de juego. Al entrar en juego, se ve a los compañeros como *ámbitos*. Lo sugiere Saint-Exupéry al escribir:

«Yo no estoy ligado sino a aquel a quien doy algo. No comprendo sino a aquel con quien me uno». (*Piloto de guerra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1958, p. 166; *Pilote de guerre*, Gallimard, París 1942, p. 174).

«Yo no amo a los sedentarios de corazón. Los que no intercambian nada no llegan a ser nada. Y la vida no habrá servido para madurarlos. Y el tiempo corre para ellos como un puñado de arena y los pierde». (Ciudadela, *Círculo de lectores*, Barcelona 1992, p. 38; Citadelle, *Gallimard*, París 1948, p. 38).

«El hombre no es más que un nudo de relaciones. Sólo las relaciones cuentan para el hombre». El oficio de testigo me ha causado siempre horror. ¿Qué soy yo si no participo? Para ser, necesito participar. Yo me alimento de la calidad de los compañeros (...). Forman, con su trabajo, su oficio y su deber, una red de vínculos (...). Y yo me embriago con la densidad de su presencia.» (*Piloto de guerra*, págs. 147, 158-159, 160-161; *Pilote de guerre*, págs. 154, 166, 168-169).

Cuando actuamos con energía creadora, transformamos el sentido de las relaciones *espaciales y temporales*. El músico que interpreta a Mozart –distante dos siglos en el tiempo– puede crear con él una forma de unidad mucho más intensa que con las personas de su entorno que no adoptan una actitud creativa.

Pero no sólo se supera la distancia temporal y la distancia espacial. Las realidades que tratamos en la vida diaria son vistas en un nivel más profundo que el usual: dejan, a menudo, de ser consideradas como meros *objetos manejables* para ser elevadas a la condición de *ámbitos*, es decir, centros de iniciativa, compañeros de juego.

Este cambio en la forma de ver y valorar marca el umbral de las experiencias ética y estética, vistas en toda su autenticidad. Si leo una obra literaria como mero *relato de hechos*,

no entro en el reino de la estética. Si la contemplo como un proceso de creación de ámbitos o de anulación de los mismos, inicio mi aventura literaria. De forma análoga, mientras trato a una persona como un medio para algo, no creo con ella una relación de ensamblamiento o encuentro: no inicio mi actividad ética.

Es maravilloso descubrir cómo todo en la vida se transfigura si no adoptamos ante los seres y acontecimientos una actitud de dominio sino de colaboración respetuosa. Este proceso creciente de transfiguración enriquece la vida del hombre hasta cotas insospechadas.

Ahora vemos por qué profunda razón comenzamos esta serie de trabajos distinguiendo modos diversos de realidad -los objetos y los ámbitos- y destacamos la necesidad de tratarlos con la actitud adecuada. En este momento podemos contemplar todo ello desde una perspectiva más amplia y fecunda, y afirmar que el secreto de una buena formación humana consiste en adoptar desde el principio una actitud creativa, a fin de dar la debida elevación a nuestro modo de ver la realidad y expresarla.

Vamos a analizarlo ahora detenidamente. Es la forma de asimilar bien lo visto anteriormente y ganar una base sólida para abordar seguidamente temas de gran importancia para nuestra vida.

a) La transformación del esquema lineal “acción-pasión” en el esquema reversible “apelación-respuesta”

Doy un golpe con el dedo en la mesa. Entre la acción que ejerzo sobre la mesa y la presión que la mesa padece hay una relación de *contraposición*. Lo primero es activo; lo segundo pasivo. Yo mando; la mesa permanece sumisa. El guión que separa los términos «acción» y «pasión» indica *oposición* y *relación lineal*. La acción se dirige desde mí a la mesa, no viceversa. Tenemos, pues, un esquema monodireccional: *sujeto que actúa - mesa que padece tal acción*, o, más sucintamente, *acción-pasión*. Este esquema elemental es el que encauza la relación del hombre con los *meros objetos*. El hombre trata los objetos con autoridad y dominio. Sabe que, por parte de ellos, la reacción es siempre igual y está determinada simplemente por sus condiciones físicas, no por género alguno de iniciativa.

Pero elevémonos a un nivel superior de actividad. Doy un golpecito con el dedo en el hombro de un amigo que veo de espaldas. Automáticamente, mi amigo se vuelve. Y lo hace porque siente la presión que ha ejercido mi dedo sobre él como una forma de llamada, una *apelación*. Ha sentido una ligera presión en el hombro, y esa sensación la ha asumido activamente como un gesto que tiene un sentido bien determinado: el de suscitar su atención. Mi amigo no sólo *padece* mi acción. La *interpreta*, la *asume como una invitación a dar respuesta*, adoptando la posición adecuada para verme. Cuando actuamos de forma creativa, no puramente mecánica -como en el caso del golpe sobre la mesa-, toda acción nuestra se convierte en *apelación*, porque se dirige a un centro de iniciativa, capaz en alguna medida de *responder* activamente a nuestra iniciativa. Esta interrelación se expresa en el esquema *apelación-respuesta*.

Tal esquema es *bidireccional*: va del que apela al que responde y del que responde al que apela. El guión que divide los términos que lo componen no indica *contraposición* y *relación lineal* del sujeto que actúa respecto al objeto que padece el efecto de tal actuación; significa *interrelación*, *relación reversible*. Esta relación implica un modo valioso de unidad, la unidad que supone participar en una tarea común, por ejemplo la de verse y saludarse. Pero la acción de participar en una tarea común sólo puede ser realizada por realidades que no son *objetos* sino *ámbitos*. De ahí que dicho esquema pueda traducirse en este otro: *sujeto-ámbito*, que, en este caso, equivale a *sujeto-sujeto*.

Para pensar con la debida precisión, debemos estar dispuestos en todo momento a utilizar los esquemas que responden al *significado* y al *sentido* de aquello que expresamos.

b) La creatividad y el alumbramiento de sentido

Ya sabemos que todo término presenta un *significado* nuclear básico. Este significado adquiere *matices* o *sentidos* diferentes en diversos contextos. Un contexto es una *red de relaciones*. El sentido se alumbra cuando vemos un término inserto en una *trama relacional*, una constelación de realidades que confluyen en un mismo campo de juego o encuentro. Beber un vaso de vino tiene siempre un mismo significado: ingerir una cantidad módica de ese líquido. En situaciones diversas, ese gesto presenta sentidos diferentes. Beber impulsivamente para embriagarse y matar las penas tiene un sentido negativo porque le saca a uno de sus casillas y le impide afrontar debidamente los problemas. Brindar en un banquete por el triunfo de un amigo presenta un sentido muy positivo ya que simboliza la comunidad de sentimientos de quienes han *creado* una relación de auténtico encuentro. He ahí por qué profunda razón *el sentido positivo y la creatividad van unidos*.

Esto nos permite sacar una conclusión importante: Sólo cuando actuamos *creadoramente*, dotamos de *sentido* a nuestra vida, a los acontecimientos que contribuimos a realizar, a los seres que colaboran en nuestra actividad, a los vocablos que movilizamos. Pero la vida creativa tiene lugar en el *nivel 2*, que es donde vemos los seres como ámbitos y damos lugar a experiencias reversibles. En el *nivel 1* tratamos las realidades como objetos dominables, poseibles. En el *nivel 2*, consideramos nuestra propia realidad y los seres circundantes como realidades *abiertas*, es decir, como centros de iniciativa, capaces de colaborar y complementarse. Si queremos, pues, pensar con el debido rigor, captando a la vez el significado y el sentido de cada realidad y acontecimiento, debemos dar el salto constantemente del plano *infracreador – nivel 1-* al plano *creador – nivel 2-*.



El sentido de nuestro lenguaje pende de nuestra actitud en la vida, actitud que puede ser *dominadora* o bien *colaboradora*, *creativa*. Pensar adecuadamente no se reduce a dominar los preceptos de la lógica y guardarles fidelidad; supone una *actitud creativa* respecto a todo cuanto existe.

Descubrimos, así, con nitidez que pensar con rigor y llevar una vida creativa se exigen y potencian

mutuamente. Esto nos confirma en la idea de que debemos esforzarnos en relacionar entre sí los distintos aspectos de la realidad y, derivadamente, los diversos conceptos y los correlativos términos del lenguaje. El que piensa con rigor deja a los conceptos y términos que hagan juego entre sí, limen sus aristas, clarifiquen su sentido y adquieran madurez. Cuando actuamos creativamente, damos flexibilidad a los conceptos, convertimos los *dilemas* en *contrastes*, adoptamos una forma relacional de ver las realidades, con lo cual ganamos una visión más amplia y penetrante de las realidades del entorno y de nuestra vida. Esto es importante para ver que el descubrimiento de los ámbitos nos lleva a ampliar el radio de acción de los conceptos y a pensar relacionamente. Convertir los objetos en ámbitos, al ensamblarlos en un proyecto de vida nuestro, pende de nosotros. Pero no es una operación *subjetiva*, cerrada al entorno, sino abierta, dialógica.

2. Los conceptos son algo abierto, relacional

Esta fecunda interrelación de los conceptos y los términos queda patente en ciertos *esquemas* contrapuestos, por ejemplo: *libertad-norma*¹. Tal interrelación sólo podemos captarla si no tomamos los términos y los conceptos a que éstos aluden como algo acabado, definitivo, cerrado en sí, sino como algo abierto, perfectible, susceptible de vincularse a otros, de contraponerse y complementarse.

Veámoslo en un ejemplo singularmente luminoso. Cuando oyes o lees el término “libertad”, ¿cómo lo entiendes? ¿Lo tomas a solas, y piensas en el significado *general* que solemos atribuirle? Entonces te quedarás con un significado pobre, el de la mera “libertad de maniobra”, libertad para actuar en cada momento de forma arbitraria, y no serás capaz de vincular la libertad con la obediencia a normas, leyes, instituciones... Tenderás a tomar el concepto de libertad como algo aislado, mezquino, carente de la posibilidad de adquirir diversos *sentidos* que enriquezcan su *significado* primero y fundamental.

Para evitar este empobrecimiento del concepto de *libertad*, tómalo como un germen de vida y dale tiempo a que se desarrolle entrando en relación fecunda con otros conceptos, como *cauce, norma, forma, vocación, misión, ideal...* Al entrar en relación, estos conceptos hacen juego entre sí, y en ese juego –que es un *campo de iluminación*– se alumbra su verdadero sentido, su sentido pleno y cabal. Entonces comprendemos que hay grados diversos de libertad. Uno de ellos es la libertad para elegir en cada momento lo agradable. Cuando uno tiene muchas posibilidades entre las que optar y se halla en franquía para elegir la más acorde a sus apetencias, se siente *embriagado de libertad* y cree ser *totalmente libre*. Pregúntale a un adolescente si es libre. Pensará enseguida si tiene muchas opciones en la vida y puede escoger entre ellas las que más le convengan. En caso positivo, se sentirá

¹ Entiendo por “esquema” la contraposición de dos términos en forma de *dilema* o de *contraste*. En los dilemas, los términos se oponen, de modo que hay que escoger entre el uno o el otro. Por ejemplo: amor-odio, libertad-servidumbre, fidelidad-perfidia... En los contrastes, los términos pueden complementarse y enriquecerse mutuamente si son movilizados en el *nivel 2*, el de la creatividad y el encuentro. Los esquemas *aquí-allí, dentro-fuera, interior-exterior* constituyen dilemas en el *nivel 1*, el nivel de los objetos y del manejo de los mismos. Vistas las personas en cuanto seres corpóreos (*nivel 1*), se dice que “la una está aquí y la otra allí, fuera de ella”. Si crean una relación de amistad y encuentro (*nivel 2*), ninguna de ellas es exterior a la otra ni se halla fuera de ella. Se encuentran en un mismo campo de juego, que crea intimidad. Este sugestivo tema se halla ampliamente expuesto en mi *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 42003, págs. 231ss.

plenamente libre. Cuanto suponga limitación en el número de posibilidades y en la capacidad de elegir arbitrariamente entre ellas lo considerará como una merma de libertad.

Frente a esta tendencia, conviene subrayar que la *libertad de maniobra* es aparatosa y prometedora, pero resulta elemental y pobre. Disponer de posibilidades y estar libre de trabas para optar entre ellas es una *condición para ser libre*; no es todavía la libertad verdadera, la que supone un alto grado de madurez en la persona humana.

Si pienso *en suspensión* y veo conjuntamente el concepto de *libertad* y el de *ideal* -es decir, la meta que estoy llamado a conseguir-, se ilumina en mi interior una idea mucho más amplia de libertad. Actúo libremente cuando soy capaz de *tomar distancia* frente a mis intereses individuales de cada momento y elijo hacer aquello que me permite lograr el *ideal* que da sentido a mi vida. Veo dos valores: el agrado del momento y el logro del ideal. Los jerarquizo, y concedo la primacía al más alto: la realización del ideal. Esa toma de distancia es el comienzo de la verdadera libertad, que implica una *renuncia* -por tanto, un sacrificio- pero no una *represión*, ya que prescinde de un valor para asumir otro más alto.

Como hemos visto, colmar la vida de sentido mediante la realización del ideal constituye el *deber fundamental* del hombre. Ese deber puedo cumplirlo como una obligación que me viene impuesta *desde fuera*. En ese caso, empiezo a conducirme libremente pero de modo elemental. Si me *entusiasmo* con el ideal, puedo llegar a *amar* el deber de realizarlo en la vida. Cuando renuncio a mis apetencias pasajeras para realizar entusiásticamente el ideal de mi vida, *interiorizo* el deber, lo hago propio, lo considero como una entrañable voz interior. El que ama el deber de tender en cada momento al ideal y empapa de él toda su vida elige con plena libertad.

Para comprender esto por dentro, figúrate que una madre está cuidando a su hijo gravemente enfermo. Acércate a ella y dile que no es libre porque no puede concederse el gusto de ir al cine esa tarde. Tal vez ni te conteste. Pensará que no tienes una idea justa de lo que es la libertad, de la diferencia inmensa que existe, en cuanto a riqueza, entre la mera *libertad de maniobra*, de actuar conforme al propio apetito, y la *libertad para la creatividad*, para crear en la vida aquello que la dota de sentido. La primera forma de libertad tiene un *significado*, que puede ser muy atractivo y revestir una apariencia valiosa pero, visto en el conjunto de la vida, resultar muy pobre en cuanto al *sentido*. La segunda forma de libertad - la *libertad para la creatividad* - tiene, además de significado, un sentido pleno porque indica que el hombre ha logrado plena madurez.

a) En los esquemas rectamente entendidos y usados adquieren los vocablos su plenitud de sentido

Veamos ahora, a la luz de lo dicho, algunos esquemas relativos a la libertad:

Libertad cauce

Libertad norma

Libertad ideal

La libertad no sólo no se opone *dilemáticamente* a términos como *cauce, norma, ideal*, sino que se conecta fecundamente con ellos; tan fecundamente que esa conexión la eleva a su grado de realización más alto. Al pertenecer al *nivel 2*, estos esquemas no constituyen *dilemas* sino *contrastes*. Conviene tener bien grabado esto en la mente porque los esquemas mentales no sólo ordenan nuestro modo de pensar sino que lo *orientan*. Así, el esquema “libertad-ideal” condensa todo el dinamismo de la persona humana en su marcha hacia su pleno desarrollo. El mero uso de tal esquema nos hace ver que la libertad humana auténtica surge cuando el hombre confiere a su vida un sentido pleno, orientando sus energías a la realización del ideal verdadero.

Una de las propiedades del pensamiento riguroso es llenar de contenido los vocablos y los conceptos. Todo vocablo remite a un concepto, que implica un significado básico y diversos sentidos posibles. Estos sentidos y ese significado pueden estar muy poco perfilados. Aun así, los vocablos nos prestan un inmenso servicio porque nos permiten comunicarnos, darnos a entender en alguna medida. Esta facilidad de comunicación encierra un gran valor, pero nos enfrenta a un grave riesgo: *dar por supuesto que los vocablos que utilizamos están llenos de contenido aunque de hecho se hallen casi vacíos*. Le digo que estuve en Argentina a una persona que no tiene un conocimiento directo de esta nación, y me entiende. Pero el contenido de la palabra “Argentina” se reduce para ella a un puñado de datos carentes de relieve y vivacidad.

En el ejemplo antedicho, esta menesterosidad no tiene demasiada importancia. Mayor gravedad encierra el desconocimiento de la riqueza de los términos y conceptos cuando se trata de cuestiones relativas a temas nucleares de la vida. El que no disponga sino de términos y conceptos poco matizados, rudimentarios en su sentido y alcance, ¿qué entiende cuando se le habla de la relación entre libertad e ideal, amor y conocimiento, egoísmo y tristeza, generosidad y entusiasmo? Ni siquiera sospechará el horizonte riquísimo de vida humana que se le está abriendo. Por eso, tal vez, piense que se trata de mera “literatura piadosa” sin consistencia ni precisión, sólo apta para niños modosos de catequesis poco exigentes. Nada más erróneo. Penetrar en el *significado* de términos y conceptos y en los diversos *sentidos* que van adquiriendo al vincularse entre sí en distintos contextos es ineludible para pensar con la solidez y claridad propias de personas adultas, y tener poder de discernimiento, y ser capaces de emitir juicios certeros sobre los asuntos decisivos de la vida.

En la línea del fundador del movimiento fenomenológico Edmund Husserl (1859-1938), una de las tareas básicas de este curso de la *Escuela de Pensamiento y Creatividad* consiste en enriquecer día a día nuestros términos y conceptos². Al comenzar, tenías un concepto determinado de “libertad”. Confróntalo con el que tienes ahora. Sin duda, éste es más preciso, más matizado, más abierto a otros conceptos, como *cauce, norma, forma, ideal...* Eso constituye un progreso muy apreciable, pero no te contentas con ello; seguirás empeñado en perfeccionar todavía más ese concepto, darle mayor amplitud y hondura a la vez. Cuando lo consigas, advertirás que ser libre es algo muy importante y complejo, tan complejo e importante que compromete el sentido entero de nuestra existencia. Si lo comparas con tu concepto anterior de “libertad”, no podrás sino sonreírte, al recordar que te creías libre cuando disponías de muchas posibilidades y no tenías el menor impedimento para escoger las que más te apetecían. Reconocerás que te hallabas en el *estadio infantil* propio de quien todo lo quiere para sí, y, al decir “para mí, para mí”, cree convertirse en el centro del universo. Y te sentirás mucho más formado, maduro y seguro de ti, pues la formación consiste en conseguir que los términos del lenguaje evoquen en nosotros conceptos claros, precisos, ricos de sentido, capaces de vibrar con otros y enriquecerse mutuamente.



b) Es indispensable expresar cada actividad humana con el esquema adecuado

En los esquemas es donde los términos y los conceptos correlativos entran en juego expresivo con otros, se contraponen, se oponen, se contrastan, se enriquecen... Me pongo a pensar en la necesidad de vincular el ejercicio de la libertad y la atención a ciertas normas. Supongamos que en el trasfondo de mi mente late el prejuicio de que las normas coartan la libertad, y lo condenso en el esquema “libertad-coacción”. Debido a esto, mi reflexión y mi discurso sobre la necesidad de vincular libertad y normas estarán condicionados por la fuerza persuasiva de este esquema elemental. Es sabido que lo elemental, lo poco matizado, se impone a veces con más contundencia que lo rico en pormenores y precisiones.

De ahí el cuidado que debemos poner en adaptar los esquemas a las cuestiones que tratamos. Tal cuidado apenas se advierte en los autores que nos explican cómo conocemos los diversos seres de nuestro entorno. Con frecuencia dan por hecho, sin mayores explicaciones, que se trata de la relación entre “un sujeto y un objeto”. La relación de conocimiento queda expresada por el esquema “sujeto-objeto”. Esto parece obvio y natural, y, por tanto, nada peligroso. Vamos a ver que el uso de tal esquema encierra gravísimos riesgos.

² La Fenomenología es la disciplina filosófica que estudia las realidades y acontecimientos tal como aparecen a nuestra conciencia cuando los analizamos sin prejuicios, sin ideas preconcebidas. Fue iniciada por E. Husserl y proseguida con intensidad por M. Scheler, D. von Hildebrand, H. Conrad-Martius, E. Stein, M. Merleau-Ponty, A. Pfänder, N. Hartmann, Paul Ricoeur... En su conjunto, el movimiento fenomenológico constituye una aportación valiosísima al estudio del ser humano en sus diversas vertientes.

Obviamente, lo que intentamos conocer se convierte para nosotros en “objeto de conocimiento”. Pero la palabra “objeto” puede indicar, en general, *un asunto a conocer*, o bien, más en concreto, *un mero objeto o cosa*. En el primer aspecto, no plantea problema alguno. En el segundo sí, porque muchas realidades y acontecimientos que el hombre se propone conocer no se reducen a meros objetos. Lo más importante en nuestra vida supera la condición de objeto. No obstante, el uso de este vocablo nos lleva a reducir la gama de nuestros “objetos de conocimiento” a “meros objetos”. Por la temible fuerza persuasiva que posee el lenguaje, la misma palabra inclina a ello.

Recordemos que el término “objeto” procede del latín “objacere”, que se convierte en “objicere”, cuyo participio es “objectum”: “lo que yace en frente”. Un objeto está, por definición, *enfrente* del sujeto, *separado* de él, dispuesto a ser contemplado *de modo incomprometido*. De hecho, cuando se quiere conocer algo perteneciente al *nivel 1*, se tiende a ponerlo enfrente, para observarlo a voluntad. De ahí la desazón que experimentamos cuando vemos que alguien está analizando fríamente el modo de ser de una persona que nos es íntima, porque tal ser, entrañable para nosotros, queda aislado ahí delante, como puro objeto de observación. Pero hay realidades y acontecimientos que se hallan de tal modo implicados en nuestra realidad personal que no podemos desgajarlos de nosotros y situarlos enfrente. Yo no puedo fijar a mi madre delante de mí, como fijo una mariposa en el tablero de análisis, a fin de hacer el inventario de sus cualidades. Entre mi madre y yo hay una vinculación tan connatural e ineludible que no la puedo cortar ni siquiera de modo pasajero, por razones de estrategia investigadora.

Lo mismo sucede con el lenguaje. Yo que me planteo el tema del lenguaje soy un *ser locuente*. No puedo desvincular de mi vida el lenguaje. Algo análogo ocurre con el ser. Puedo estudiar el ser y elaborar una Metafísica, pero no puedo dejar de ser. No me es posible poner el ser frente a mí para estudiarlo incomprometidamente como un objeto distanciable de mi persona.



Aquí surge el peligro al que he aludido. Al decir que todo lo que quiero conocer es mi “objeto de conocimiento”, estoy en lo cierto. Pero, si me dejo llevar por el significado básico, etimológico, del término “objeto”, acabaré pensando que las realidades *no situables a distancia de mí* no las puedo conocer de forma rigurosa. Con ello renuncio a la posibilidad de conocer las realidades y acontecimientos más importantes de mi existencia de hombre. ¿Nos hacemos cargo del abismo que estamos bordeando?

En este abismo ha caído una parte no pequeña del pensamiento actual. El esfuerzo titánico del *pensamiento fenomenológico*, el *existencial* (G. Marcel, K. Jaspers, M. Heidegger...) y el *dialógico* (F. Ebner, M. Buber, F. Rosenszweig...) se dirige a alzarnos de esta sima. Los pioneros de tales corrientes filosóficas pusieron sumo empeño en mostrar: 1) que no todas las realidades que el hombre conoce, desea y siente se reducen a objetos; 2) que los esquemas “sujeto-objeto” y “yo-ello” resultan insuficientes.

3. Medidas para evitar el empobrecimiento de la vida humana

a) Primera medida: Descubrir la realidad peculiar de los “ámbitos”

Desde hace medio siglo aproximadamente, pensadores de gran calidad se dedicaron al estudio de un tipo de realidades que no son objetos, pero no por ello dejan de ser reales. Un ejemplar concreto de *El Quijote*, visto como algo que puede ser medido, pesado y quemado, es un objeto, y puede servir muy bien de pisapapeles, igual que un trozo de roca. Es algo *real*. Este mismo libro, visto como obra literaria, no puede ser quemado, ni pesado ni delimitado. ¿Hasta dónde llega su influjo sobre otras obras y el de otras sobre él? No puede precisarse con la exactitud con que se determina hasta dónde llega un objeto y dónde empieza otro. Y no puede precisarse porque esta obra literaria tiene vida propia, posee fuerza expresiva, es capaz en cierta manera de abrirse y dialogar con quien la lee profundamente y descubrir el secreto del alma hispana y, en general, del ser humano. Es un *campo de realidad* que se expande y se relaciona con otras realidades dotadas también de iniciativa. Su tipo de realidad es distinto, pero no inferior al de los ejemplares concretos de la obra, vistos como meros *objetos*.

A1 descubrir y valorar debidamente este tipo de realidades, se inmuniza uno contra el riesgo de pensar que el hombre es un sujeto y todo lo que trata es un *objeto*. Lo que hacemos *objeto de atención* es para nosotros un “objeto de conocimiento”, pero éste no se reduce siempre a mero objeto.

b) Segunda medida: Sustituir el esquema “yo-ello” por el esquema “yo-tú”

Los pensadores dialógicos o personalistas vieron con claridad que el uso del esquema “sujeto-objeto” puede llevar a tratar a las personas como algo impersonal que, más que un *tú* o un *él*, parece un “ello”. De ahí su interés por sustituir el esquema “yo-ello” por el esquema “yo-tú”. Mi relación contigo debe estar inspirada por la convicción expresa de que tu realidad personal no puede nunca ser para mí algo *neutro*, un “ello”, como lo es un objeto. Debo tratarte como un ser capaz de recibir mis invitaciones y responder lúcida y libremente a ellas.

Lllamarle a uno *tú* -o *vos*, en Argentina, o usted, en caso de menos confianza- significa reconocer que nuestra relación es bilateral, de dos direcciones, de forma que entre nosotros puede constituirse un *espacio de interacción o convivencia*. Tu realidad no puede nunca reducirse para mí a mero objeto, por privilegiado que lo suponga. Puedo convertirte en “objeto de conocimiento”, pero ello no me autoriza a tomarte como un *objeto*.

No debo hacerlo, pero tampoco me conviene, si de verdad quiero conocerte, porque una realidad personal sólo se revela en lo que es y en lo que puede llegar a ser cuando se establece con ella una relación de encuentro, relación que se da entre ámbitos y no entre objetos. El trato que tenemos tú y yo no constituye una relación de *sujeto a objeto*. Los esquemas “sujeto-objeto”, “yo-ello” no son “reversibles”, lanzan la atención del sujeto al objeto, y aquí se detienen porque el objeto no es visto como *centro de iniciativa* sino como un ser *pasivo, inactivo*. Mi trato contigo constituye una relación entre dos sujetos, capaces de reaccionar activamente e incluso de la forma sorpresiva propia de toda acción creadora.

Un ser humano se dirige a otro ser humano. Lo conoce. Es *sujeto de conocimiento*. Es un sujeto *comprometido* con el objeto de conocimiento; actúa como una realidad personal, un yo. Este ser humano conocido es *objeto de conocimiento*; no mero objeto. Es una realidad personal que *reacciona activamente* frente al sujeto cognoscente. Sabe que es visto como un *tú*, y convierte, a su vez, al yo cognoscente en su *tú*. La relación de dos seres humanos se rige por el esquema “yo-tú”, que es reversible, de doble dirección.

c) Tercera medida: Complementar el esquema “yo-tú” con el esquema “yo-ámbito”

El esquema “yo-tú” sirvió de acicate y de cauce para una lúcida y fecunda investigación sobre la vida humana porque se ajusta a la realidad de ésta. Debe, por tanto, seguir vigente. Pero ha de ser complementado si queremos conocer de modo preciso no sólo las relaciones del ser humano con sus semejantes sino también con una serie indefinida de realidades que no alcanzan el rango de personas pero superan el de objetos. Esas realidades son también ámbitos de realidad.

Los esquemas adecuados al conocimiento humano de las realidades más valiosas son éstos: “sujeto-ámbito” (no “sujeto-objeto”), “yo-ámbito” (no “yo-ello” o “yo-tú”). Con ello se superan las insuficiencias del esquema “yo-ello”, fustigado por Martin Buber, y se complementa el esquema “yo-tú”, propugnado por él mismo y los demás escritores dialógicos o personalistas (F. Ebner, Fr. Rosenzweig, F. Gogarten, E. Brunner, R. Guardini...).

A veces no nos cuidamos de utilizar el esquema debido por pensar que se trata de una mera cuestión de nombres. Nos equivocamos. Hay una diferencia abismal entre usar el esquema “apelación-respuesta” y los esquemas “acción-pasión”, “estímulo-reacción”, “causa-efecto”. Por el mero hecho de usar estos últimos, dirigimos nuestra atención al plano en que se manejan y dominan *objetos*. En cambio, el esquema “apelación-respuesta” y sus correlativos “yo-tú”, “yo-ámbito” nos remiten al plano en que se crean relaciones de encuentro entre ámbitos. Por eso son los únicos adecuados para describir con precisión la vida humana, llamada a *crear* relaciones valiosas.

Los esquemas “apelación-respuesta” y “yo-ámbito” orientan nuestra mirada hacia un entorno integrado por *tramas de ámbitos*, no por montones de objetos. Si uno encauza su pensamiento por la vía que proponen implícitamente estos esquemas, nunca llegará a la conclusión de que el mundo es una *gran cosa compuesta de muchas cosas*, como escribió Ortega y Gasset (*Historia como sistema*, en *Obras completas V*, Revista de Occidente, Madrid 1947, p. 23; *El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid 1957, p. 74). A esta concepción “objetivista” de la realidad se llega cuando uno da por hecho que toda relación del hombre con las realidades circundantes supone la actuación de un sujeto sobre un *objeto*.

Si pienso que la relación del hombre con las realidades del entorno tiene la estructura marcada por los esquemas “sujeto-ámbito” y “apelación-respuesta”, me oriento hacia una concepción mucho más rica de la realidad, pues tenderé a ver todas las realidades no sólo como objetos sino como ámbitos.

4. Una nueva visión de las realidades que integran la vida humana

Llegamos aquí a uno de los hallazgos más fecundos de cuantos pueden realizarse merced al uso adecuado de los esquemas mentales. Me refiero al descubrimiento de que nuestra propia realidad y muchas de las realidades que constituyen nuestro entorno vital no son meros objetos, perfectamente delimitados; son campos de realidad, “ámbitos”, centros de iniciativa, “nudos de relaciones” (Saint-Exupéry) susceptibles de enriquecerse y de empobrecerse.



Que los seres humanos debemos configurar nuestra vida en relación activo-receptiva con las realidades de nuestro entorno nos lo muestra la experiencia diaria y lo confirma buena parte de la investigación filosófica contemporánea. Menos obvio y apenas subrayado por la investigación es el carácter abierto, “relacional”, de las realidades infrapersonales. Nos conviene analizar de cerca dos ejemplos.

a) El modo de ser de un grano de trigo y un trozo de pan

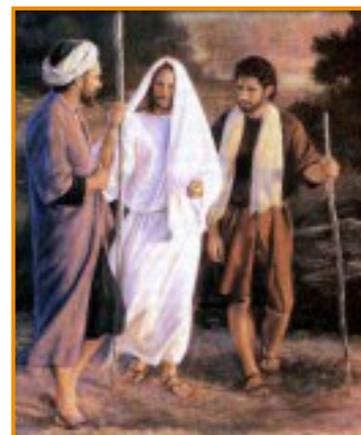
Tomo en la mano un trozo de pan. Esto que tengo aquí ¿es un *objeto*, o tiene un rango superior? Hemos de hilar muy fino si queremos ser rigurosos en el pensar. Durante siglos se tendió a juzgar que una realidad es *sólida* y *consistente* si permanece *inmóvil e invariable*. Como ejemplo perfecto de tal consistencia y solidez fue considerada la roca. Lo “roqueño” se convirtió en símbolo de lo constante, lo verdaderamente real, lo que perdura y se sostiene. Los objetos -una mesa, un martillo, un cristal...- presentan caracteres semejantes a la roca: son densos, pesados, opacos, bien delimitados, situables en el tiempo y el espacio... De ahí que los objetos -o cosas- hayan sido vistos como una forma de *realidad modélica*, y ello hasta tal punto que no pocos pensadores utilizan indistintamente los vocablos “realidad” y “cosa”.

De esta indistinción entre *cosa* y *realidad* se derivó que las realidades que no son meras cosas hayan sido consideradas frecuentemente como algo vago, difuso, evanescente, en definitiva poco real. No cedamos a la rutina, seamos exigentes y preguntémonos si una institución, el lenguaje, una amistad, un estilo artístico, una escuela de pensamiento, una obra literaria... son algo irreal. Sabemos, por experiencia, que ejercen un papel destacado en la vida humana, resisten los embates del tiempo y las modas, se aclimatan a diversos climas espirituales. Todo ello indica que poseen un grado de realidad notable, pues nada puede ser eficiente y perdurable si no es real. Esas realidades no tienen las características de las cosas: no son algo opaco, pesado, situable en el tiempo y el espacio. Una obra musical, por ejemplo, puede ser interpretada en muchos lugares a la vez y al mismo tiempo. No está en un lugar fijo y no puede ser agarrada con la mano como una cosa. Pero ¿es por ello menos real? Para clarificar esta serie de cuestiones volvamos al ejemplo del pan.

Un trozo de pan presenta características semejantes a las de todo objeto: es medible, pesable, asible, situable en el tiempo y el espacio, manejable, utilizable, elaborable... Pero esta elaboración se realiza a base de *frutos* de la tierra, por ejemplo el trigo. Pongo un grano de

trigo en la palma de la mano y me pregunto qué es esta diminuta realidad. Se la puede medir, situar, mover y manejar como un objeto, pero ¿es mero *producto* de un *proceso de fabricación*? De ningún modo. El grano de trigo no fue *elaborado*. Le falta, pues, la última de las características que distinguen a los objetos. Y esto marca una diferencia esencial. Para que en este momento se halle ese sencillo grano de trigo en la palma de mi mano tuvieron que darse una serie de *relaciones*: la relación del campesino con sus mayores, que le enseñaron el arte de cultivar el campo y le transmitieron unas semillas; la relación de las semillas y la madre tierra, a la que son confiadas; la relación de la tierra y la lluvia que debe empaparla, para que germine la planta; la relación de la planta y el sol que ha de dorar la mies... Un grano de trigo es fruto de una múltiple confluencia de realidades que colaboran en una tarea común. Por ser un punto de confluencia y vibración, el trigo adquiere un poder *simbólico*; remite a otros acontecimientos de encuentro, como es la amistad. Nada ilógico que el pan fuera partido, repartido y compartido por el padre de familia con sus familiares y huéspedes como signo de amistad. Una realidad que procede de una confluencia de realidades está en condición óptima para expresar una relación de encuentro. De ahí su poder *simbólico*.

Los discípulos de Emaús comentan, durante el camino, la tristeza que les produce la desaparición del Maestro. Alguien se les une y conversa largamente con ellos acerca del mismo tema. Al llegar a Emaús, hace ademán de proseguir la marcha, pero ellos le invitan a cenar y pernoctar en su casa. Al partir el pan, reconocieron en él al Señor que había muerto tres días antes. ¿De dónde les vino la luz necesaria para tal descubrimiento sorpresivo? Indudablemente, del encuentro, simbolizado en la fracción del pan. La generosidad de los discípulos con el viajero desconocido dio pleno sentido al gesto ritual de partir y compartir el pan. Al realizarlo, se creó un campo de juego común, que es un campo en el que se alumbra el sentido de lo que se hace. Miguel de Unamuno, en su *Diario íntimo*, repara en que sólo al partir el pan reconocieron al Señor los discípulos de Emaús, e intuye que, tal vez, la fe perfecta proceda de la comunión. «Tal vez sólo la comunión dé fe perfecta –escribe-, siendo lo demás aspiración a la fe, un querer creer que sólo mediante la comunión recibe la gracia de creer.» (O. cit., Alianza Editorial, Madrid 1972, p. 57). En efecto, *comunión* indica entrelazamiento de dos o más vidas, compromiso en una labor compartida, participación en un mismo juego. Y ya sabemos que el juego es fuente de luz.



b) También el vino es fruto de una confluencia múltiple de realidades

Una consideración análoga cabe hacer del vino. Éste es *elaborado*, pero no así los racimos de uvas de los que procede. Cada uva es fruto de una lenta y múltiple *interacción fecunda* de diversas realidades. El campesino que cuida el viñedo no produce la uva; colabora con otros seres a que surja, como un don. Cuando el anfitrión escancia vino en la copa del huésped, el vino alcanza su sentido pleno: es una realidad que viene del encuentro y expresa el encuentro; procede de la confluencia del hombre y diversas realidades

infrapersonales que se relacionan entre sí fecundamente, y ahora entra en el juego superior de dar expresión viva a una relación interpersonal de alta calidad.

El vino y el pan fueron tomados, de antiguo, como vehículo simbólico de la amistad por no ser *producto de una actividad fabril y*, como tal, objeto de canje, sino *fruto de una confluencia múltiple*. El mero hecho de que existan el pan y el vino -elaborados con uvas y trigo- es testimonio elocuente de que el encuentro se da ya germinalmente en el universo, y debe ser continuado y potenciado entre los seres humanos.

c) Tampoco una jarra se reduce a objeto

Pero no sólo el vino logra su momento de máxima plenitud en el encuentro que expresa y simboliza. También la jarra que lo alberga alcanza aquí su sentido cabal. Ya no se reduce a un objeto de tales dimensiones, tal peso, tal material... Es un lugar de albergue de una realidad simbólica que tiende a ser comunicada. La jarra alberga el vino para compartirlo. Al hacerlo, el mero *verter físico* adquiere el rango de un *escanciar generoso*, que es todo un gesto simbólico³, un don personal, y desempeña un papel significativo en el juego de la existencia humana.

El gesto de escanciar una realidad que es fruto de una confluencia tiene el valor simbólico de un *don*, una entrega personal, el obsequio de la amistad. La amistad es una relación entre realidades que son, a su vez, un *nudo de relaciones*. En el gesto de escanciar el vino, este cúmulo de relaciones e interrelaciones queda plasmado de modo concreto, sensible, luminoso, emotivo.



d) Forma relacional de ver el agua y su carácter simbólico



Todos conocemos el agua, sus modos diferentes de presentarse, los distintos acontecimientos a que puede dar lugar, los usos a que se presta. Reflexionemos sobre ello y descubramos el origen de los diversos simbolismos que ostenta el agua. El agua es símbolo de purificación, devastación, fecundidad, vida naciente... Estos simbolismos ¿los posee el agua vista *como objeto – nivel 1-*, o los adquiere en cuanto *juega un papel* en la vida humana –*nivel 2-*? «Algo tendrá el agua cuando la bendicen», suele decirse. ¿Por qué se bendice el agua?

De por sí, el agua es una realidad que puede ser tocada, medida, pesada, situada en un determinado lugar. Tiene carácter de *objeto*, pero *no está cerrada en sí*; en ella vibran todas las realidades con las que se halla vinculada por su origen. Pensemos en el agua potable. El contacto primero del hombre con ella fue en los ríos y las fuentes. La fuente es una realidad compleja; implica un lugar de albergue, una oquedad subterránea, un material impermeable y determinadas circunstancias que hacen aflorar el agua a la superficie. Ese lugar

³ Las realidades y los gestos simbólicos remiten a aspectos de la vida humana que pertenecen a un nivel superior.

privilegiado de la tierra del que brota el agua como un don enigmático dice relación con las nubes que provocaron un día la lluvia. Las nubes penden de diversos factores, entre ellos el océano y el viento. El viento es provocado por diferencias térmicas entre lugares distintos del planeta. De esta forma, en ese sencillo chorro de agua que sale de la tierra a borbotones confluyen todos los elementos de la tierra y el firmamento. Estos elementos confluyentes se vinculan a los hombres, que son quienes consideran esa agua embalsada y rebosante como una «fuente» y acuden a ella para saciar su sed y la de los ganados, así como regar los campos. Al ser utilizada esa agua en los ritos religiosos, todo cuanto implica -tierra, firmamento, hombres- entra en relación viva con el modo más alto de realidad, el fundamento de todos los demás: el Ser Infinito, el Creador de todas las cosas.

Cuando un caminante exhausto se inclina sobre una fuente para recuperar el aliento, siente que la vida le es devuelta, como una gracia, y recupera el ánimo y las fuerzas. En ese momento, el agua juega un papel destacado en la vida humana, hace juego con el hombre, deja de ser mero objeto para convertirse en ámbito y compañero de juego; se eleva del plano “objetivista” -*nivel 1*- al plano “lúdico”, “ambital” -*nivel 2*-. Esa transformación dota al agua de poder simbólico: remite a la vida que nace, que se recupera, que retorna a su estado normal. De ahí el gran valor que tiene la fuente para quien desea colmar la vida de sentido. «*Yo, se dijo el Principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy suavemente hacia una fuente...*» (*El principito*, Alianza Editorial, Madrid ²1972, p. 90; *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943, p. 90).

El campesino encauza un chorro de agua hacia un terreno agostado, cubierto de plantas mortecinas. En cuestión de instantes, las hojas adquieren lozanía y el campo recobra la sonrisa. El agua, soterradamente, devolvió la vida a los tallos casi marchitos. Con todo derecho, el agua es vista como símbolo de vida naciente, de rejuvenecimiento y fecundidad.

Con el rostro demudado por el cansancio, el sudor y el polvo, el labriego se acerca a la fuente, y con el cuenco de las manos abiertas se refresca y limpia. El agua se convierte en símbolo de *purificación*.

Los ríos han presentado siempre al hombre un aspecto benéfico semejante a las fuentes. Las ciudades fueron construidas por los antiguos a la vera de los ríos, como lugares de comunicación, de recreo y pesca, de venero inagotable de agua para hombres, ganados y campos. Pero, de vez en cuando, el río bienhechor se descontrola y desmadra, invade los alrededores y los anega, devastando campos y haciendas. El agua presenta entonces su faz altiva y maléfica. Destruye toda fecundidad; no purifica sino enloda; no rejuvenece sino que aplasta. En las gentes sólo hay un deseo: encauzar las aguas, regular su curso. El deseo y el ruego de que el agua mantenga su poder encauzado en el recto orden -el orden que funda vida, bienestar y belleza- se expresa en el acto de *bendecir*. Maldecir significa *desgajar*, arrancar un elemento del conjunto al que pertenece. Bendecir indica *unir*. El padre que bendice a un hijo refuerza el vínculo de éste con la familia. El padre que maldice al hijo lo separa de la comunión familiar. El juez que condena a muerte al delincuente lo escinde de la trama social.

5. Interpretación relacional de un templo, por ejemplo una ermita

Vas por un campo y divisas una ermita en lo alto de un cerro. Te adentras en ella, reposas en sus bancos, observas todos sus pormenores: sus altares, las imágenes, las flores...



En realidad, ¿qué es lo que ves cuando contemplas una ermita? Ves un edificio más bien pequeño, de inspiración popular, consagrado a un fin sacro. Estos datos son importantes. La ermita cumple el fin de albergar a los devotos, lo mismo que el agua sirve para calmar la sed del caminante. Pero el agua, además de ejercer esa función saludable, remite a una serie de realidades que en ella confluyen dinámicamente. ¿Qué realidades confluyen en la ermita?

Esforcémonos en contemplar la ermita de modo *relacional*. Al ver una ermita, lo primero que salta a la vista son los materiales de que está compuesta y la forma en que fueron ordenados. Esta ordenación fue determinada por un constructor a fin de conseguir una meta precisa. He aquí las famosas cuatro causas que Aristóteles adujo para dar cuenta de un proceso de producción: la *causa eficiente* -el constructor-, la *causa material* -los materiales-, la *causa formal* -la forma- la *causa final* -función que debe cumplir el producto-. Pero no nos contentamos con saber las cuatro causas que han *producido* el *edificio* de la ermita. Queremos penetrar más, y descubrir por qué se han puesto en juego tales causas, es decir, qué sentido tiene que alguien haya edificado una ermita. Estas preguntas nos permiten ver la ermita de modo más profundo.

Este sencillo edificio nos remite a un grupo de hombres que han creado a lo largo de siglos una relación de comunidad entre sí y con el Creador, y un buen día decidieron dar expresión visible a ese ámbito de convivencia. Para hacerlo, pusieron en relación su saber técnico con los materiales que ofrece la tierra y con el espacio libre que otorga el universo. De la conjunción de estas tres colaboraciones -la del espacio, la de la tierra y la de los hombres- surgió el edificio.

Pero un *edificio* no es todavía una *ermita* en sentido propio, es decir, un templo. Esta transformación se opera en el momento preciso en que el pueblo funda un ámbito de encuentro con el Creador en el espacio físico que ofrece el edificio. Ese momento es el acto de “consagración” del templo. Al convertirse en lugar de encuentro, pasa el edificio del *nivel objetivo* al *nivel lúdico* o *ambital*; deja de ser mero espacio físico -*nivel 1*- para tornarse espacio lúdico -*nivel 2*-, espacio donde se realiza el juego del encuentro de los creyentes y el Dios al que adoran. Al contemplar la ermita en estos dos planos -el *objetivo* y el *lúdico*-, la vemos como lugar de confluencia viva y eficiente de los cuatro grandes modos de realidad que integran cuanto existe: *cielo y tierra, hombres y Dios*.

Esta ampliación de nuestro modo de mirar nos permite verlo todo a una nueva luz: la ermita cobra una especial movilidad, una flexibilidad y un dinamismo peculiares, y su entorno entero se electriza, se carga de una especial fuerza de intergravitación. La ermita no se reduce a un conjunto de materiales dispuestos de una forma determinada. Constituye un

lugar de encuentro, en el cual se entrelazan expresivamente todas las realidades que entraron en juego para formarlo. La tierra ofrece un lugar de asiento y unos materiales adecuados y expresivos. El espacio aporta un lugar de expansión, luz, climas cambiantes. Los hombres muestran no sólo su capacidad técnica de construir, sino ante todo su voluntad de fundar ámbitos de convivencia entre sí y con el Creador. El Creador revela su voluntad de acercarse a los hombres, dar el primer paso hacia la amistad y sellarla con una alianza perpetua, que debe tener expresión viva y constante en ritos culturales.

a) La ermita alcanza su plenitud en el día de la fiesta

En toda ermita se celebra un día de fiesta al año. En este día se festeja lo que es importante todos los días del año, a saber, esa múltiple interacción de realidades que encarna la ermita vista *como ermita*, no como mero edificio. Por eso, en el día de la fiesta, cuando los creyentes acuden por las veredas del campo a la ermita y se congregan a su alrededor, algo importante acontece, porque todo entra en su justo lugar, adquiere su auténtico puesto en la trama de ámbitos que es la vida humana bien lograda.

A la luz que brota en el encuentro festivo, cada realidad aparece en todo su alcance, con la plenitud de sentido y belleza que adquiere cuando se halla en estado de interacción. El pueblo deja de ser un conjunto de individuos más bien desintegrados para constituir una comunidad, aunada por un ideal común. Las personas aparecen como seres “instalados” -no “arrojados”- en el mundo, en dinámica vinculación con los demás y con la divinidad, con el espacio y con la tierra. Los materiales, el paisaje, las flores, los trajes típicos, los cantos populares, los usos y costumbres del lugar..., todo se ensambla para crear un ámbito único, bajo un impulso unitario: *el deseo de fundar un modo altísimo de unidad*. Cada realidad adquiere, entonces, su pleno sentido, su función adecuada. Este ajuste implica *orden*, y, cuando florece el orden, reina la armonía y hace eclosión la belleza más admirable.

b) El sentido profundo de la ermita

He aquí cómo una sencilla ermita de aldea, perdida en el campo, supone un enriquecimiento inmenso de la vida humana, porque la vida del hombre es encuentro, y la ermita nos hace vivir de manera intensa la confluencia de todos los seres del universo, que se unen para lograr el modo más valioso de unidad: el que se funda entre los hombres cuando todos se vinculan en su origen y fundamento último. Tal modo de unidad es único, irrepetible; presenta una condición propia. Estos hombres, estos materiales, este paisaje instauran un ámbito singular, y desde su rincón humilde reflejan el orden entero del universo.

Vas de viaje, y a lo lejos divisas una pequeña iglesia entre árboles y casas rurales o una ermita en un páramo. Detente a pensar en la desproporción magnífica que existe entre estas realizaciones culturales, vistas en el plano de los objetos, y el alcance que tienen en el aspecto lúdico cuando se las ve como ámbitos. El juego que hacen estos templos insignificantes en la vida humana es de unas proporciones gigantescas. El sentido de tales edificios no queda reducido a las dimensiones de sus muros. Se extiende a todo el universo, que vibra realmente en ese espacio, visto como un punto de confluencia de muy diversas

realidades. La ermita nos remite al cosmos, visto como *el gran lugar del encuentro*, el punto de interrelación amistosa de las criaturas y el Creador. La pequeña ermita se convierte de este modo en el lugar de concreción visible del *gran templo que no conoce límites* y del que cada iglesia particular es una participación.

c) Esquemas mentales movilizados en la descripción de la ermita

Preguntémonos qué esquemas hemos movilizado en la descripción de la ermita. ¿Fueron los esquemas *lineales* “acción-pasión”, “materia-forma”, “dentro-fuera”..., o más bien los esquemas *reversibles* “apelación-respuesta”, “persona-comunidad”, “creatividad personal - fundación de ámbitos de convivencia...”? Rehagamos, con la imaginación, el proceso constructivo de la ermita. Los constructores trabajan los materiales, y éstos sufren la alteración que tal actuación causa. Esta actividad responde a los esquemas “acción-pasión”, “causa-efecto”. Los constructores de la ermita tienen que realizar una actividad de este tipo, pero la trascienden, la superan y enriquecen. No toman los materiales como un objeto pasivo que se deja manipular; los consideran como compañeros de juego en la gran tarea de fundar un ámbito de encuentro, encuentro de los creyentes entre sí y con el Dios al que adoran. Para realizar tal empresa, los materiales de la tierra ofrecen sus condiciones de resistencia y expresividad, y los constructores dialogan respetuosamente con ellos, teniendo a la vista su adecuación al conjunto del edificio, del paisaje y del pueblo creyente. El fruto de este diálogo es la ermita *como ermita*, no sólo como edificio.

El creyente, al acercarse a la ermita y adentrarse en cuanto ella implica, no *sale de sí* para *entrar en algo externo*. Al contrario, entra en su verdadero lugar de despliegue personal, logra su plena identidad, se pone en verdad. El hombre no está del todo terminado en ningún momento; se halla siempre en vías de plenitud. La plenitud la alcanza a través de los diversos encuentros que realiza. Si alguien se concibe a sí mismo como un ser terminado, configurado del todo, puede pensar que sale de sí para captar lo que es la ermita como objeto perfectamente delimitado en un ámbito exterior a su realidad personal. Pero en tal caso no hace justicia ni al modo de ser de la ermita ni al suyo propio. La ermita se constituye como tal cuando se convierte en *lugar de encuentro*. Al convertirse en campo de encuentro, los materiales que la componen se hacen *transparentes*, pierden su opacidad, para tornarse mensajeros de algo valioso que los sobrevuela. Cuando veo la ermita, mi mirada no se queda presa en los materiales. Éstos la lanzan hacia algo superior que los engloba y da sentido: *el entrelazamiento de diversos elementos que confluyen*. Los materiales no quedan con ello depotenciados; muy al contrario, adquieren su plenitud de sentido.

Toda realidad, al ser asumida en un contexto, asciende de rango, adquiere una condición nueva. Los elementos que constituyen la mano de un hombre pueden ser físicamente los mismos que hay en una probeta de laboratorio, pero, al estar insertos en el conjunto orgánico que es un ser humano, se elevan de plano y ganan un alto valor *expresivo*. Por ser transparentes los elementos expresivos, podemos acceder *de modo inmediato* a las realidades que se expresan en ellos. En los medios expresivos hace acto de presencia la realidad que en ellos se expresa. Pero esa presencia la captamos *de modo*

indirecto, ya que necesitamos los elementos materiales. No sería exacto, sin embargo, decir que captamos tal realidad *a través de los medios expresivos*, porque es, más bien, *en ellos* donde la captamos. Lo mismo que yo percibo toda tu persona sonriente *en* los rasgos de tu sonrisa, no *a través de ellos*.

Esa forma de contemplación *inmediata-indirecta* es una visión en dos planos a la vez: el *objetivo – nivel 1-* y el *lúdico – nivel 2-*. Para llevarla a cabo en lo que toca a la ermita, debo tomar distancia de perspectiva frente a cada uno de sus pormenores y verlos desempeñando su papel peculiar en la relación de cielo y tierra, hombres y divinidad.

Al vincular la relación de cercanía y distancia, veo las *figuras* con el relieve propio de las *imágenes*, y capto lo que es un templo en todo su alcance y sentido. El templo se nos hace esplendorosamente presente en los materiales de construcción, en las columnas y en los espacios que median entre ellas, en las vidrieras y en la luz que tamizan y que confiere al interior un singular dinamismo y variedad de matices.



Estas precisiones pueden parecer algo secundario a quienes no están avezados al análisis filosófico. Pero arrojan chorros de luz para estudiar cuestiones de vital interés en nuestra vida. ■

EL AUTOR

Alfonso López Quintás es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. (www.escueladepensamientoycreatividad.org).